

La relación entre la naturaleza no humana y humana como relato para la paz en Colombia en *El año del sol negro* de Daniel Ferreira

Diana González Martín

Aarhus University

El modo en que representamos la naturaleza condiciona nuestra relación con ella. La vasta literatura producida en América Latina ha tratado recurrentemente la cuestión del mundo natural situándolo a veces como una presencia amenazante, deseada, exuberante, sublime, otras como protagonista y, las menos, como una aliada de las personas, en equilibrio. En el marco del ecocapitalismo (Cajigas-Rotundo 2007, 60) y el Antropoceno (Svampa 2018) surge una nueva conciencia sobre el cuidado de los ecosistemas reivindicada también en la narrativa de la región. Gisela Heffes (2014, 11) señala con lucidez que la emergencia de la ecocrítica, proveniente del contexto académico norteamericano y británico, no cubre los desafíos abordados por la misma tradición latinoamericana, tanto literaria como académica, a saber: la categoría de lugar (Escobar 2011, 62); el ecofeminismo surgido a través de movimientos sociales liderados por leucas como Berta Cáceres y afrocolombianas del Pacífico como Josefina Klinger; y las literaturas de pueblos originarios como la escritora wayuu María Vicenta Siosi Pino. Asimismo, DeLoughrey (2019, 2) critica la falta de atención que reciben la perspectiva decolonial y las cosmovisiones de pueblos originarios en la investigación académica sobre el Antropoceno. En efecto, en lo que se refiere a la tradición académica, cuando abordamos cuestiones medioambientales en la literatura latinoamericana no podemos

soslayar las propuestas decoloniales de, entre otros, Aníbal Quijano, Catherine Walsh y el mismo Arturo Escobar.

Asimismo, novelas del “giro rural” señalado por Saldarriaga Gutiérrez (2020) en el contexto colombiano abordan la cuestión del cuidado a la naturaleza y de la vida del campo, marginada por los discursos hegemónicos de lo urbano y lo cosmopolita, desmarcándose de lo que Mahlu Mertens y Stef Craps (2018, 136) denominan la novela del Antropoceno en la tradición anglosajona. Esta tendencia en la literatura escrita en inglés suele plantear visiones apocalípticas de un futuro devastado por la acción del hombre que nos abocarían a un futuro sin humanidad. Esta novela del Antropoceno, definida por Mertens y Craps, enfrentaría además otra problemática, esta vez relacionada con su dimensión estética: la imposibilidad de abarcar la abrumadora temporalidad del cambio climático, ya que sus efectos nos trascienden a nosotros mismos (2018, 135). Una novela como *Después de la ira* (2018), de Cristian Romero, se asemejaría a la novela del Antropoceno de la corriente anglosajona, en su dibujo de un futuro desesperanzador. *Los ejércitos* (2007), de Evelio Rosero, también dibujaría un paisaje apocalíptico en el que convergen el genocidio y el ecocidio, pero abriendo una puerta la esperanza mediante el anhelo de una vida alternativa en la montaña (Gardeazábal Bravo 2019, 171). Profundizando más en esta alternativa, otras novelas colombianas enmarcadas en el “giro rural” como *Los derrotados* (2012) de Pablo Montoya y *El año del sol negro* (2018) se enmarcan en lo que la activista y académica Maristella Svampa (2018, 158-159) define como “las narrativas anticapitalistas y de transición socioecológica”, principalmente propuestas desde el Sur y enmarcadas dentro de la categoría del “posdesarrollo”, introducida por Arturo Escobar (Svampa 2018, 159). Esta visibilización de lo rural no atañe únicamente a la literatura colombiana, sino que también encontramos novelas argentinas de reciente publicación que buscan, lejos del “neobucolismo” (De Leone 2016, 187), la producción de nuevos relatos en torno a la vida en el campo en un momento de profunda reivindicación ecológica. Así, del mismo modo que hallamos antecedentes en la novela colombiana, referentes como *El Gaucho Martín Fierro* (1872) en la tradición literaria argentina son resignificados y liberados de patriotismo y de idealización marcando una nueva conciencia política y cultural. Algunos títulos serían *Blanco nocturno* (2010), de Ricardo Piglia, y *El desperdicio* (2008), de Matilde Sánchez (De Leone 2016, 183, 187).

En las páginas que siguen propongo una lectura de *El año del sol negro*, cuarta entrega de la pentalogía de Colombia, de Daniel Ferreira a partir del marco del “giro rural”. Ferreira, nacido en 1982 en el municipio rural de San Vicente de Chucurí,

departamento de Santander, emprendió su proyecto literario en 2010 con la *Balada de los bandoleros baladíes*, a la que siguieron un año después *Viaje al interior de una gota de sangre* y en 2014 la *Rebelión de los oficios inútiles*. Estas tres novelas abordan un continuum de violencia en Colombia que se remonta a principios del siglo XX (Nuzzo 2017, 140) y que va desde La Guerra de los Mil Días (1899-1902), que enfrentó a liberales y conservadores, pasando por la época conocida como La Violencia (1925-1958), que prolongó este conflicto armado bajo la forma de diversos enfrentamientos entre el Partido Liberal y el Partido Conservador. Estos enfrentamientos entroncarían con una guerra prolongada desde 1960 que enfrentó a diversas guerrillas como las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) contra el gobierno y que iría sumando diversos actores armados, como narcotraficantes a partir de los años 70 y grupos paramilitares en los años 90, hasta la firma del Acuerdo de Paz en 2016 entre el gobierno y las FARC. En cada una de estas tres novelas Ferreira experimenta con distintas formas literarias de expresar la violencia, desde la mimética y la banalización en las dos primeras, hasta llegar en la *Rebelión de los oficios inútiles* a un “novela política” (Nuzzo 2017, 140-141).

En la cuarta novela de su pentalogía, *El año del sol negro*, Ferreira, partiendo de la tradición literaria colombiana precedente—*La vorágine* y *Cien años de soledad*—enfoca la rememoración de la violencia y sus efectos en el presente visibilizando una relación con el campo y sus habitantes construida mediante la articulación de lenguajes individuales encarnados por diversas voces narradoras. Además, Ferreira, mediante el ejercicio de una memoria metonímica (Bastidas Pérez 2019, 76), propone repensar y revivir el relato de La Guerra de los Mil Días dando al presente la posibilidad del goce, la sabiduría y la esperanza. Los “relatos de la escasez y la abundancia” (Cajigas-Rotundo 2007, 68-69), que abordo en una primera sección, y el “sujeto implicado” (Rothberg 2013, 1), al que dedico la última parte de este artículo, se proponen como herramientas de análisis eficaces para indagar en la singular voz de Ferreira.

El relato de la escasez y el de la abundancia. La riqueza del lenguaje del campo

El año del sol negro está estructurada en tres partes principales: “Primera parte. La historia del fusilero”, “Segunda parte. La historia de Julia Valserra” y “Tercera parte. El eclipse”, además de un “Epígrafe” y un “Epílogo”. Cada una de las tres partes de la novela está subdividida en diversos capítulos y estos a su vez en numerosos subcapítulos, todos titulados cuidadosamente. El personaje de un fusilero engarza las tres partes como protagonista, pese a que se trata de una novela coral, en donde el

punto de vista oscila entre la primera persona del fusilero, de su amante Julia Valserra en la segunda parte, y una voz omnisciente que alterna entre la tercera y la segunda persona del singular. El fusilero es un hombre, hijo de madre soltera, que empezó a trabajar siendo un niño en la hacienda de un patrón y se alista en la guerrilla liberal durante La Guerra de los Mil Días (1899-1902).

La figura del fusilero aporta las claves sobre una forma genuina de narrar la relación de las personas con la naturaleza. Refiriéndose a él, el propio autor de la novela, Daniel Ferreira, afirmó: “Yo no fui soldado de a pie, pero lo que está en el fondo de la transformación del personaje no viene por su relación con la guerra, sino con la montaña y con los seres extraños que allí encuentra. Ahí está mi compenetración con la naturaleza” (Arroyo 2008). Los motivos por los que el fusilero va a la guerra son los de la inmensa mayoría de hombres que se alistaron en las filas del bando liberal: la pobreza y la violencia vivida ya en el seno familiar. Lo que encontrará una vez alistado, aparte de la destrucción y la muerte y el sinsentido de la violencia colectiva, sería lo que encontraría cualquier héroe o antihéroe épico: el conocimiento de sí mismo. El fusilero es un hombre sin nombre. Encontrará su identidad durante su participación en la guerra, pero no debido a ella, sino a través de su relación con lo natural, pues el escenario de la batalla no es la ciudad, sino el campo.

Mucho más que un escenario, el campo, como sugiere Bastidas Pérez, “el lenguaje de la naturaleza, del campo, del paisaje colombiano” (2019, 77) es la sola voz que cohesionan las distintas voces narrativas que se alternan en cada parte. El ejercicio de memoria metonímica que pone en práctica Ferreira, reivindica no sólo una relectura de la Guerra de los Mil Días que arroje luz sobre el presente del país en el marco del proceso de paz, sino que “el gran movimiento del autor es mostrar que la voz de los campesinos de hoy, las palabras que se filtran en nuestras conversaciones, son las que se fueron puliendo en medio de la violencia” (Bastidas Pérez 2019, 77). Esta voz medular en *El año del sol negro* desafía el elitismo que invisibiliza lo que Bastidas Pérez denomina “el lenguaje de lo colombiano” (2019, 77). Lejos de querer rescatar un regionalismo folclórico, Saldarriaga Gutiérrez coincidiría aquí con Bastidas Pérez en señalar que la propuesta de las novelas que integran el “giro rural” contrasta con “la vocación metropolitana de los principales discursos críticos y literarios de cambio de siglo” (2020, 42). El ejercicio de memoria en *El año del sol negro* se lleva a cabo, en efecto, no únicamente a través del relato histórico, sino especialmente de la construcción de diversas voces singulares, como la del fusilero y la de Julia Valserra, que se relacionan con la naturaleza no humana de forma genuina, rehuyendo los estereotipos. Asimismo,

estos personajes y la voz omnisciente, relatan mediante un vocabulario local que, por un lado, circunscribe sus vivencias “en el lugar” (Escobar 2011, 62) y, por el otro, obliga a la lectora a hacer un esfuerzo de aprendizaje de un vocabulario olvidado, nuevo para ella.

Este esfuerzo exigido a los lectores, que recoge una tradición ya emprendida en *La vorágine* de José Eustasio Rivera (1924), lo interpreto como una apelación a su propio aprendizaje y una toma de conciencia de su propia ignorancia al tiempo que da muestra del vasto conocimiento que proviene de las zonas rurales colombianas. La estrategia estética y ética de revalorizar el campo y la vida de las y los que habitan en él mediante la evidencia de que encierran un lenguaje abundante y desconocido para los foráneos encaja en el “relato de la abundancia” definido por Juan Camilo Cajigas-Rotundo (2007, 68-69) a partir de la noción de biocolonialidad del poder, inspirada en la colonialidad del poder de Quijano (2000, 285). Cajigas-Rotundo articula el relato de la abundancia en torno a las comunidades nativas de la Amazonía colombiana y lo contrapone a un “relato de la escasez” propio del ecocapitalismo que ve pobreza y amenaza de desaparición de la biodiversidad allí donde no se reproduce su lógica del desarrollo de tecnologías biopolíticas (2007, 62). El relato de la abundancia es pues un discurso de resistencia que defiende los saberes ancestrales como garantes de la multiplicación de la vida. Se trata de un relato que, además, entiende la armonía espiritual entre la naturaleza no humana y la naturaleza humana en base a la fuerza de la palabra, que es conocimiento (Cajigas-Rotundo 2007, 68-79).

Ciertamente, muchas de las palabras contenidas en *El año del sol negro* no se encuentran en ningún diccionario a mano de la lectora y la novela, a diferencia de *La vorágine*, no incluye glosario. Este vacío es en sí mismo otra muestra de la invisibilización de discursos que se consideran en los márgenes de lo hegemónico, cuyo poder deja en evidencia una ceguera epistémica (Walsh 2005, 42) que ignora vastos mundos de conocimiento. El fusilero, en efecto, acusa la pobreza y la esclavitud, pero su lenguaje es rico para quien lo desconoce. Esta visibilización de lo marginado por el discurso elitista y hegemónico consiste también en la denuncia del maltrato a lo subalterno. La categoría “en el lugar” de Escobar (2011, 62) proviene de un marco de investigación muy concreto, el pensamiento decolonial. Cuando el fusilero deja su trabajo al servicio de un patrón que ha realizado desde niño, su amigo Duque le dice “El tiempo de la esclavitud ya pasó, mijo” (“Primera parte. Revólver”). Su patrón, al enterarse de que lo abandona para integrarse al bando liberal, le dice “si quieren apionarse, pues que vivan para siempre peleando como los indios guaches” (“Primera parte. Revólver”). Cuando

ve a Julia Valserra por primera vez, el fusilero piensa “*No te verá, aunque a tu lado haya mil, y diez mil a tu diestra*. Eres sólo el siervo de una gleba, el chalán de un caballo de ricos, el palafrenero que no tiene casa para llevar a vivir a una mujer, ni siquiera una fosa para caer allí, muerto” (“Primera parte. Revólver”). La propia Julia Valserra se dirá a sí misma: “Mi madre, que me impidió mezclarme siempre con lo que llamaba ‘los pioneros’, ‘la chusma’, los que no tenían cara de gente porque tenían rasgos de indio o de negro. Ella, mi madre, mi pobre madre, que también fue mestiza” (“Segunda parte. Mujeres en un baile sin hombres”). La intersección entre pobreza y etnia está presente desde la colonización, como señala Aníbal Quijano (2000, 285). Esta intersección explica todavía hoy la profunda desigualdad en Colombia entre la élite, que acumula el 81% de los bienes, la tierra, y los “étnicamente diferentes”, quienes deben repartirse el resto (Cardona y Latman 2018). La reciente guerra en Colombia, cuyo tratado de paz con la guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) se firmó en 2016, se enraíza en las luchas campesinas por el derecho a la tierra durante la década del 1930 (Ríos 2017). En esta línea, situar lo animal y el campo en el centro de la trama no sólo lo visibiliza, sino que lo revaloriza, lo convierte en algo relevante a la luz de las luchas presentes por la conservación del planeta. Asimismo, en el marco concreto del proceso de paz en Colombia, *El año del sol negro* integra la revalorización del campo y de la naturaleza no humana como condiciones para la convivencia pacífica, como la única vía para la igualdad.

La naturaleza brinda una nueva identidad al fusilero.

La naturaleza no humana, objeto de explotación durante la colonización y todavía hoy mediante las nuevas redes comerciales globales, “continúa siendo”, en palabras de Gisela Heffes, “instrumental para justificar la intervención imperial como así también la autodefinición de Occidente en general, en oposición a sus Otros” (2014, 27). Esta objetualización de lo natural, que lo denigra y lo supedita a intereses económicos y comerciales, se subvierte en *El año del sol negro*, no mediante una representación de la naturaleza alternativa a la tradición literaria colonial, como correspondería a una primera fase del desarrollo de la ecocrítica, sino poniendo el énfasis en la relación entre los personajes y su entorno, rescatando así la importancia del “lugar” (Saldarriaga Gutiérrez 2020, 43). Asimismo, el “punto de vista”, la articulación de las voces narradoras y su focalización, se emplea como herramienta estética y ética de un acercamiento otro a lo natural, algo que sucede también en la novela *Los derrotados* de Pablo Montoya, integrada en el “giro rural” según Saldarriaga

Gutiérrez (2020, 43). En *El año del sol negro* la naturaleza aparece sobre todo como una vivencia generosa y abundante, que da de beber a los hombres extenuados y sedientos en el campo de batalla en forma de lluvia inesperada:

Las gotas de lluvia lavan a los hombres. Las gotas arrullan y asisten la soledad. El anhelo del agua es llenar, inundar, apaciguar. La lluvia exige caminos y toca pieles reseca, busca árboles sedientos y llena lagos vaciados. Sosiega la ira. Ensopa la tierra. Busca acequia, cuneta, quebrada. Riega caminos, cráteres, estoraques. Empapa camisas. Ablanda cotizas. (“Tercera parte. El Eclipse. Los olvidados”)

Una de las vivencias más placenteras con lo natural de toda la novela tiene también relación con el agua, se trata del fragmento “En el reino de las rayas”, que narra un baño del protagonista en una ciénaga habitada por rayas. La escasez, en *El año del sol negro*, llega en cambio de la mano de la guerra. La falta de agua, de comida, de amparo es en gran medida provocada por el conflicto bélico. Este contraste entre la abundancia en la naturaleza y la escasez en el mundo de los hombres que luchan hasta la muerte da las claves, pienso, para relacionar la propuesta de Daniel Ferreira con una visión de la paz, en el marco del proceso de paz en Colombia, mediante la ecosofía. Como sugiere Gisela Heffes se produce un contraste entre “una humanidad deshumanizada—deshecha—y una naturaleza humanizada—apropiada” en una literatura latinoamericana no ya ecocéntrica, sino bio/ecocéntrica que demanda “una episteme crítica nueva” que excede el marco de la ecocrítica anglosajona (2014, 32).

La importancia de la palabra en relación con la naturaleza, como he mencionado, se refleja también en la propia identidad del fusilero. La primera vez que se menciona su nombre, ya bien entrada la novela, no es el que siempre usó y detestaba, porque era el de su padrastro, sino un nombre que él mismo toma, resignificándose, y que es resultado de la combinación del nombre de su abuelo y el apellido de su madre, José Celestino Sul: “Ahora usarías el nombre de tu abuelo y el apellido de tu madre porque ya no te importaba el nombre de tu padre. Ahora eras tu propio padre” (“Primera parte. La historia del fusilero. Guerrilla. El Jaguar”). Es su amante, Julia Valserra, quien le sugiere este nombre. El único nombre previo es el alias que le pone un compañero de guerrilla, “Mujeres”, precisamente por su relación con Julia Valserra. Así pues, la adopción del nombre completo y apellidos de José Celestino Sul es un punto de inflexión en la trama del fusilero que coincide, y no por casualidad, con la misma escena en la que obtiene su verdadero alias de guerra, pues se lo ha ganado después de una gran hazaña: “El Jaguar”. Se trata de un nombre de guerra, pero es también el nombre de un animal y la razón por la que uno de los líderes del bando

liberal, el coronel Rosario Díaz, a cuyas tropas se unió el fusilero, le pone ese nombre es por su sorprendente habilidad de recorrer el atajo de Panteras, un camino a través del bosque que transitó en tiempo récord como posta para llevar un mensaje urgente entre las distintas facciones del bando liberal.

El atajo de Panteras le es familiar al fusilero Sul, pues en “la anécdota que le cambió la vida”, el fusilero llevó a la selva a un gato enfermo y moribundo y la selva se lo devolvió sano y salvo. Esta generosidad de lo natural contrasta con la exigüidad de lo humano en relación con la pobreza y la guerra. El fusilero se crió en la escasez, con una madre soltera que “no lo quiso”, y sin embargo conoció el amor a través de la relación con ese gato que tuvo con 12 años y que enfermó y que, como no se veía con valor de matarlo, lo abandonó en el peligroso atajo de Panteras. El gato regresó magullado al cabo de unas semanas. Se curó solo y lo acompañó hasta que él tuvo 19 años, y la vida era solo trabajo (“Primera parte. La historia del fusilero. Un gato que encontró el camino para volver a casa”). Es pues ese viaje a través del bosque el que transforma la visión del fusilero sobre las cosas y no la guerra propiamente. Así pues, la naturaleza no sólo provee al fusilero del amor y el placer que le quitó la violencia, primero de su madre y de su padrastro, luego de la guerra, sino que lo provee de una identidad. La naturaleza multiplica, pues, las posibilidades de un fusilero que se había alistado en el bando liberal para huir de la desesperación (“Primera parte. Con el gran ejército. El páramo, las hojas vellosas, el cielo perlático”).

La conformación de la identidad del fusilero, que, como hemos visto que señala el propio Ferreira, “viene con la montaña y con los seres extraños que allí encuentra” (Arroyo 2018), tiene uno de sus momentos culminantes cuando es hospedado por un ermitaño durante la dura travesía por el atajo de Panteras en la que se destroza los pies. El ermitaño, que le da de comer y le regala unos zapatos de cuero hechos con sus propias manos. La habilidad manual del ermitaño admira al fusilero, porque “sabe hacer cosas con las manos”. Esta admiración del fusilero contrasta con la división eurocéntrica entre ojos y manos, campo y ciudad, cultura y barbarie, sujeto y objeto que responde, según Walsh, a una ceguera epistémica (2005, 42). La habilidad del ermitaño es visto con admiración y percibido como sabiduría en una *epistemología otra*. Además, el ermitaño muestra al fusilero una alternativa a la lucha en la guerra:

- Descalzo no va a llegar a ninguna parte. Debería quedarse—advierte el hombre de la chivera.
 - No puedo. Me esperan. Llevo dos días de retraso. Creo que me perdí.
 - Yo también me perdí en estas montañas hace mucho y decidí no volver.
- (“Primera parte. La marcha de los pies cortados. La tanda”)

Un instante antes en la misma conversación, el ermitaño había declarado, “Yo soy sin bando”, después de que, a su pregunta “¿Conservador o liberal?”, el fusilero le respondiera con un escueto “liberal”. Al cuestionar la participación en la guerra del fusilero, el ermitaño contribuye a la transformación existencial del protagonista, del mismo modo que lo hace el placer que le proporciona el paisaje y la conmoción que le supuso el retorno de su gato (Nieto 2018). El ermitaño encarna, en efecto, el ideal de vida que se planteaba el fusilero en la Primera parte, en concreto en “Revólver. Irse”, “Revólver. Carabina, flauta, cuchillo” y en “La marcha de los pies cortados. Olor a hojas perennes” a la cual pertenece este fragmento:

Todos los animales necesitan agua. Y la hora de beber es la misma de cazar. Sigues el curso del agua hasta quedar pasmado ante una cascada rotunda como una mordida. Te gustan las cascadas. Te dan ganas de respirarlas, de humillarte, de tragarlas, de saltar al abismo, de buscarte una cueva para vivir entre los raigones de sus muelas petrificadas. [...] ¿Qué era todo aquello? ¿Tranquilidad? ¿Por qué no vivir como las bestias de la montaña? ¿Qué te lo impedía? ¿Cuánto resistirías vivir en estos montes deshabitados sin ir a un pueblo a comprar víveres? ¿Por qué no quedarse entre los pájaros y las nutrias y las cigarras? ¿No estaba allí todo lo que te gustó de niño, cuando corrías a trepar a los árboles para que ni tu madre ni tu padrastro te azotaran con el rejo? [...] Es un mundo con todo lo que se necesita para ser completamente feliz o desgraciado. Hay soledad. Hay agua para olvidarse de la sed. Hay madera para construirse un rancho. Si sales a cazar, alguna lapa te brindará su carne. [...] Si vives entre animales y árboles, tienes que aprender a observarlos. A comprender sus voces, a derivar sus reglas de la observación de la vida.

Esta mirada del fusilero subvierte una relación con la naturaleza que la explota como objeto (Cajigas-Rotundo 2007, 170). En *El año del sol negro* queda patente que los animales y las plantas y los cuerpos celestes se rigen por unas reglas que abren una nueva posibilidad de conocimiento para las personas. Asimismo, la sabiduría del ermitaño plantea que naturaleza y cultura no son antagónicas (Roca-Servat y Ocando 2019, 120).

La novela deja también constancia de la asombrosa capacidad de regeneración de la naturaleza, evidenciando su *abundancia*, pues se reproduce inagotablemente si se tiene en cuenta su *fragilidad* (D’Argenio 2018, 137) y se le da el espacio necesario. En la Tercera parte, “Río arriba, en busca de la muerte”, se nos narra en tercera persona cómo un arsenal enterrado por hombres del bando liberal para que no caiga en manos enemigas queda a merced de la naturaleza no humana.

Dos meses después, los bejucos crecen sobre los dos mil fusiles ocultos bajo el gran árbol, y el guía y el pelotón que los buscan pasarán de lado sin reconocer el verde más oscuro del bosque de ceibas.

Un año después, los tucanes que anidan en los bejucos roen los cañones y las culatas.

Dos años después, los bagres y coroncoros se aparean en los cañones Shrapnel en el lecho del río.

Diez años más tarde, los micos tití accionan una espoleta y la explosión repercute en medio de la nada.

Nadie la oye. Y aquello para lo que no hay testigo, simplemente ha dejado de existir. (“Tercera parte. El Eclipse. El arsenal”)

La naturaleza y sus criaturas burlan a los que acechan el armamento y se aman entre cañones y culatas. “Testigo” aquí hace referencia a los humanos, pues la guerra es de ellos.

El sol negro. Escasez y superstición

El fenómeno del eclipse vertebra toda la trama hasta culminar en la Batalla de Palonegro, que es el cierre de la novela. La primera vez que aparece mencionado es al principio de la historia del fusilero, en concreto en “Primera parte. Revólver. El infierno es hielo”: “¿Y usted por qué vino, Mujeres? La pregunta te la hace el cuchillero enmascarado. Podrías responderle cualquier cosa por salir del paso: que igual todos iban a morir en el eclipse”. Paradójicamente la inmensa mayoría de los personajes que aparecen en la novela sienten un miedo acérrimo al eclipse y no a la guerra. De hecho, Ferreira iba a titular su novela como “Miedo a morir en el eclipse” (Dirección de Comunicación Organizacional UNAB 2018). Únicamente personajes tan inteligentes y críticos como Julia Valserra encuentran aberrante la atribución de un misticismo a un fenómeno por el hecho de que no lo comprenden. El verdadero peligro es la guerra, a la que todos se abocan sin preguntarse siquiera por qué luchan. La propia Julia Valserra pone por escrito esta contradicción en su diario:

Las moscas están en todos lados: en las ventanas, en el caño, entre las flores. Los zancudos nos persiguen. Hoy vi en el solar una ronda de hormigas cargadas de tréboles. Cuando los insectos se van es mal agüero. Este es el año del sol negro. Tenemos miedo a morir en el eclipse, pero no en la guerra. (“Segunda parte. Desnudarse para ir a rezar. Febrero 10”)

Ignorancia y belicosidad, en suma. Del mismo modo que en la novela *Los derrotados*, es la guerra, en este caso la de independencia de la colonia, la que obnubila el conocimiento y la naturaleza la que lo brinda (Saldarriaga Gutiérrez 2017, 293). Así, el relato de la escasez que determina como conocimiento el cientifismo eurocéntrico, explicará en parte la derrota liberal, tal y como se narra en la novela (“Segunda parte. La hierba de las ruinas. Tercera parte. El Eclipse. Los olvidados”). Julia Valserra cuestiona radicalmente la esperanza de muchos de que el cambio político será factible a través del enfrentamiento violento. En el fragmento recién citado en que Julia escribe

“cuando los insectos se van es mal agüero”, la superstición también queda circunscrita a la ignorancia y a la belicosidad, no a la naturaleza. El primer eclipse solar del siglo veinte tendría lugar el 28 de mayo de 1900, coincidiendo así con la batalla de Palonegro. Este es el eclipse al que todos temen, pero es la batalla librada en el mismo momento la que los mata. El final apocalíptico llega, para el bando liberal, con el eclipse, en una coincidencia cósmica, pero no a causa de él. Finalmente, el eclipse acontece y Julia Valserra nos lo cuenta en la “Segunda parte. La hierba de las ruinas, Mayo 28”. La forma intrascendente que tiene Julia de narrar este acontecimiento tan esperado y temido por la mayoría—también esperado por el lector, puesto que da título a la novela—constituye un anticlímax que contrasta frontalmente con la forma en que nos llega la muerte del fusilero Sul en la batalla de Palonegro. En comparación con el fenómeno cósmico del eclipse, la muerte de un fusilero en una batalla puede parecer insignificante, pero en *El año del sol negro* es al revés: se enfatiza lo aparentemente insignificante para darle el valor que la historia con mayúsculas le ha sistemáticamente arrebatado.

El sujeto implicado

Daniel Ferreira escribió *El año del sol negro* para desentrañar el sentido de una fotografía que su abuelo le enseñó cuando era un niño (Bermeo Gamboa 2019). La fotografía correspondía al osario de Palonegro, en el cementerio de Bucaramanga, una pirámide construida con las calaveras de los muertos en la Batalla de Palonegro en 1900. Se trata de víctimas sin identificar. La fotografía parece un monumento al derrotado, que en este caso fue el bando liberal. En la novela, en el “Epílogo”, es un espejismo de Julia Valserra, que un sediento fusilero Sul parece entrever, quien amontona las calaveras:

Es una pirámide formidable de cabezas cortadas. Es un monumento a la muerte junto a una cantera, un bosque de bambúes y un cruce de caminos. Con un vestido manchado de barro en las golas, botines de puntas, sombrero de nacumas tejidas, con una sonrisa que parece inescrutable y unos labios y ojos rasgados que hacen pensar en las mujeres de oriente, ella contempla todo el paisaje.

- ¿Qué haces aquí? - pregunta el fusilero.

Pero ella no contesta.

Recoge otra cabeza cortada, la pone junto a las demás y se aleja hasta una piedra al borde del desfiladero para detallar aquel paisaje destruido como si se tratara de algo bello. Como si volviera el valle del río de Oro a ser cubierto por el mar cuaternario que hubo alguna vez entre toda esa tierra visible. (“Epílogo. Osamentas”)

Pienso que la pirámide de calaveras tal y como es narrada aquí funciona como lugar de memoria multidireccional, a partir de la denominación de “*site of multidirectional memory*” por Michael Rothberg (2013, 48-49). Se trata de un lugar, una imagen, en donde se solapan varias memorias: el mar que cubría durante el período Cuaternario lo que después fue el campo de batalla de Palonegro, en donde hoy se ubica el aeropuerto de Bucaramanga, y las víctimas anónimas de la Batalla de Palonegro que, como dice la cita, “es un monumento a la muerte”. Este monumento a la muerte podría equivaler a esa catástrofe única que amontona incansablemente ruina sobre ruina en las *Tesis de filosofía de la historia* de Benjamin (1971, 82), cuyo ángel quisiera detenerse y recomponer lo despedazado. Si la guerra elimina el principio ético de nuestra responsabilidad para con los otros (Maldonado-Torres 2007, 155), Ferreira busca afectar al lector mediante la construcción de subjetividades individuales, como la del fusilero Sul y la de Julia Valserra, en las que pueda reflejarse. El principal auditorio al que apela Ferreira son las lectoras y lectores colombianos. Como advierte Solórzano Castaño, Ferreira “inrepa a un colombiano de manera explícita, a aquel que desde hace 200 años se deja llevar a la guerra como un cordero al sacrificio” (2021). En palabras del autor:

En mi humilde opinión, hemos sido las víctimas, hemos sido los perpetradores, hemos callado cuando debíamos gritar, hemos pagado a los asesinos y también hemos olvidado todo lo anterior. Mientras la guerra le sirva a alguien habrá posibilidad de que sea usada. Las guerras de Colombia han sido la lucha entre un amo y un esclavo, donde quien es derrotado es el esclavo del otro. Somos los hijos de los derrotados. Pero hay derrotas todos los días. Nos escandaliza lo que pasa en Mapiripán, porque ignoramos lo que está pasando en Macarena, en Cauca, en Catatumbo, en las comunas. La masacre sigue de uno en uno. Ahora el blanco son líderes, coccaleros, gente que dejó de existir para el Estado. (Bermeo Gamboa 2019)

Esta conciencia de una guerra continuada en la que todas las colombianas y colombianos se encuentran irremediabilmente implicadas a partir de la lógica de que las víctimas son aquellas y aquellos que dejaron de existir para el Estado, como apunta Ferreira, abre el marco de implicación fuera de las fronteras nacionales. En efecto, la continuidad de la violencia, emprendida con la explotación colonial de bienes naturales y de personas, se prolonga todavía hoy, cambian las víctimas—algunas, pues los indígenas siguen siendo perseguidos—y los bienes naturales a explotar—antaño fueron el oro y la plata principalmente, hoy es el petróleo crudo—pero la lógica de la degradación de unos otros a los que hay que eliminar y la de la explotación tanto de la naturaleza no humana como de la naturaleza humana es la misma.

La voz del narrador omnisciente alterna entre la tercera y la segunda persona del singular. Le habla a un tú. Ferreira aduce que el uso de la segunda persona le permite que el personaje “sea interpelado por la propia escritura” y que “el lector participe de esa triple implicación: lo que vive, lo que piensa y lo que siente alguien que tiene una lengua, que es hablada, pero que es al mismo tiempo analfabeta” (Bermeo Gamboa 2019). Este uso de la segunda persona por parte de Ferreira puede considerarse, a mi entender, en una estrategia de implicación, que conformaría un tipo de “*aesthetics of engagement*”, en el término de Rothberg (2013, 41). Esta implicación de un otro externo a la trama, un lector que se implica mediante el acto de lectura, es lo que Rothberg denomina el “sujeto implicado”, “*implicated subject*” en inglés. En efecto, tal y como lo define Rothberg, se trata de sujetos que, aunque no sean actores directos de la violencia o del daño a terceros, contribuyen, habitan, heredan o se benefician de regímenes de dominación que no controlan ni originaron. El sujeto implicado no es ni víctima ni victimario, sino alguien que participa en historias y formaciones sociales que generan las posiciones de víctimas y victimarios, pese a no ser estas perfectamente delimitables. No se trata tampoco de un sujeto pasivo, sino que el sujeto implicado, indirecta o mucho después en el tiempo, contribuye mediante sus acciones o su inacción a reproducir las posiciones de víctimas y victimarios en una perpetuación de los legados de violencia histórica y de las estructuras de desigualdad en el presente (2019, 1).

Mediante las voces tanto del fusilero como de Julia Valserra, la novela deconstruye la misma noción de enemigo, aportando, a mi entender, un relato al proceso de paz en el que se entrecruzan la reivindicación de la abundancia del lenguaje del campo y el cuidado de la naturaleza no humana. En efecto, Ferreira, como García Márquez tanto en *Cien años de soledad* como en *El coronel no tiene quien le escriba*, difumina deliberadamente la línea que separa víctimas y victimarios. En el encuentro entre el fusilero Sul y el ermitaño se produce, a mi entender, una deconstrucción del enemigo. El ermitaño, quien como hemos visto, cuestiona cualquier tipo de participación en la guerra, define la muerte como “el único lugar donde dos enemigos se encuentran en paz” (“Primera parte. La marcha de los pies cortados. El destino”). El mismo fusilero tiene a Julia Valserra como amante, quien es hija de un colaborador del gobierno conservador. Asimismo, Julia Valserra toma una posición similar a la del fusilero criticando a aquellos que luchan: “‘El enemigo’, dicen, como si fuera su enemigo” (“Segunda parte. La hierba de las ruinas. Mayo 14”). El enemigo puede, en efecto, dejar de ser el enemigo. El fusilero Sul, después de una de las batallas contra los conservadores, encuentra entre los muertos a un enemigo que todavía respira y cuida

de él. Reaccionando a la gratitud del hombre herido, el fusilero piensa, “Pensé que ya no tenía al frente a un enemigo” (“Tercera parte. El Eclipse. Los olvidados. Volteadores”). Es probable que una de las asunciones que Ferreira quiere hacer repensar a los lectores sea esta que divide amigos y enemigos. Ferreira explica que el efecto que pretende conseguir en los lectores a través de su novela es:

conmover, eso es más importante que cuestionar porque si usted conmueve puede llegar a reflexionar y hacer al otro cuestionar sobre la solidez de esas cosas establecidas incorrectas y así empezar a entenderlas de otra manera. Esta novela involucra al lector e intenta convertirlo en una subjetividad para que éste pueda comprender los afanes del heroísmo, por qué se arruinan las vidas, por qué expresamos el afecto con tanta agresividad. (Arroyo 2018)

Allí donde el fusilero se queda sin habla, allí donde no puede poner por escrito lo que lo asusta o lo que ama, ya que, a diferencia de Julia Valserra, quien le regala un diario y una pluma alemana, él no sabe escribir (“Primer parte. Revólver”), el narrador le otorga una vía por medio de la escritura de ficción. He mencionado anteriormente que el lenguaje del campo colombiano, el mismo del fusilero, es abundante e ignorado a un tiempo por los lectores y que a partir de la lectura esa abundancia se visibiliza y cobra valor. Bien, la articulación del lenguaje del campo en *El año del sol negro* logra, además, a partir del uso de la segunda persona del singular, implicar explícitamente a las lectoras y los lectores no sólo colombianos, sino también de otras partes del mundo. Esta implicación se da, pues, a partir del uso de la segunda persona y mediante el ejercicio de memoria metonímica y multidireccional que, a través de imágenes como la pirámide de calaveras que sintetiza la acumulación de muertes de los derrotados de la historia, expande la concreción de la Guerra de los Mil Días tanto a la reciente guerra en Colombia, terminada oficialmente en 2016, pero vigente, como a todos los demás conflictos bélicos en donde las víctimas son los otros del Estado.

La guerra devino continuada en Colombia por varias razones, incluyendo dos importantes: la primera, el hecho de que después de la independencia de la Corona Española no supuso una ruptura respecto a la época de la colonia, ya que los criollos constituyeron una nueva élite política que discriminó del poder y la toma de decisiones a los otros indígenas, campesinos, mujeres, afrocolombianos (Funes 2014, 65); la segunda, estrechamente vinculada con la primera, tiene que ver con la biocolonialidad del poder ya mencionada según la cual la guerra se convierte en un vehículo para la explotación de los recursos naturales y la fuerza de trabajo de lo subalterno que, en las últimas décadas ha convertido a Colombia en un narco-estado (Maldonado-Torres 2007, 140). La lucha entre conservadores y liberales en la Guerra de los Mil Días que

concluyó con el triunfo conservador perpetuó la lógica de discriminación de los otros que quedan fuera del discurso hegemónico que constituyó las nuevas naciones independientes durante la primera mitad del siglo diecinueve. Además de las guerras civiles del siglo diecinueve, se prolongaron los conflictos violentos entre 1886 y 1991, lo que, como señala Bejarano (2019, 30), autorizó al Estado a continuar con la eliminación de los adversarios políticos, imponiendo además una memoria colectiva hegemónica discriminadora con los grupos históricamente marginados. Tras la firma del Acuerdo de Paz se sigue con esta lógica, ya que sólo en 2019 murieron asesinados más de 120 indígenas y más de mil líderes sociales y reinsertados de la antigua guerrilla de las FARC (Bejarano 2019, 30).

A las víctimas humanas tanto en épocas de guerra como de paz, debemos sumar a la propia naturaleza no humana. Ha habido avances en la visibilización de las víctimas indígenas del conflicto armado, como el Decreto-Ley 4633 de 2011 y la Ley de Víctimas para Comunidades Indígenas, que incluyó la “noción del territorio como víctima”. En efecto, la ley reconoce a los “actores no humanos” como sujetos con derechos y hace hincapié en la importancia de la relación entre la naturaleza humana y la naturaleza no humana en términos de visión del mundo y espiritualidad (Rojas-Robles 2018, 186). Varios proyectos productivos que llevan a cabo exguerrilleros de las FARC son propuestas ecológicas, como el proyecto de ecoturismo en Llanogrande, en Dabeiba, departamento de Antioquia (ETCR Llano Grande). Pese a no estar incluida en el Acuerdo (Rojas-Robles 2018, 185), una paz verde se plantea desde varios ámbitos como una vía imprescindible para la convivencia pacífica. También grupos de activistas conformados por campesinos e indígenas como el COA (Cinturón Occidental Ambiental) visibilizan las relaciones de poder asimétricas que se esconden en las luchas por el territorio, aportando una dimensión socio-política a la cuestión de la ecología en Colombia.¹ La militarización del territorio, a menudo de la mano de intereses económicos para facilitar el extractivismo de los bienes naturales, impide la continuación de la vida en consonancia con la naturaleza del pueblo emberá, que ve la minería como una “nueva colonización” (Roca-Servat y Ocando 2019, 123). La Asociación de acueductos comunitarios del Támesis (Acuatámesis), por su parte, se ha organizado en un nuevo manejo comunitario del agua para la construcción de paz en

¹ Este grupo se denomina así en alusión al área del río Cauca Medio conocida como Cinturón de Oro de Colombia (COC). El grupo visibiliza su preocupación por la expansión de la frontera minero-energética en la zona y la amenaza que esa supone para la naturaleza, hábitat de la biodiversidad y hogar de campesinos e indígenas (Roca-Servat y Ocando 2019, 118).

los territorios desde al menos el año 2013 (Roca-Servat 2019, 126). Estas iniciativas en torno a lo natural entendido como socio-político van tejiendo una visión de las relaciones humanas alternativa a la que promueve la guerra. En el informe *Bojayá* (Grupo de Memoria Histórica 2010, 5) queda constancia de cómo la violencia y el desplazamiento forzado provocados por la guerra rompe la conexión con la tierra de campesinos e indígenas. Restablecer esta conexión es clave para la paz en Colombia.

En esta vía se revaloriza el conocimiento heredado de “los ancestros indígenas, negros, campesinos y trabajadores” de vivir “en armonía y equilibrio con la madre naturaleza, de la que hacemos parte y nos da vida” (Estrada Cano 2018, 102). En *El año del sol negro*, la voz del fusilero Sul, un campesino pobre explotado por un patrón desde su niñez, se articula, como hemos visto, en relación a una naturaleza que lo acoge y lo provee de una identidad plena. Asimismo, la relación que se articula entre el fusilero y la naturaleza no humana en el contexto de la violencia de la guerra, apela a las lectoras y los lectores y su propia relación con el campo y el mundo natural en el marco de un sistema económico que supedita la vida en aras de la productividad. Ferreira en *El año del sol negro* no solamente cuestiona la violencia de la guerra, sino que nos alienta a pensar alternativas como conocer, valorar y preservar una naturaleza en cuya destrucción estamos implicados.

Conclusiones

Novela enmarcada en el “giro rural” (Saldarriaga Gutiérrez 2020, 57), *El año del sol negro* de Daniel Ferreira propone una relación entre la naturaleza humana y la naturaleza no humana mediante la cual se revaloriza el lenguaje del campo colombiano, sistemáticamente discriminado por una élite política desde la Independencia (Funes 2014, 65) y por una memoria hegemónica que supedita relatos alternativos sobre los pasados violentos en Colombia como la Guerra de los Mil Días (Bejarano 2019, 30). Los relatos de la abundancia y de la escasez (Cajigas-Rotundo 2007, 68-69) aplicados al análisis de la novela me han servido para comprender cómo opera la revalorización del campo y la naturaleza colombianos por parte de Ferreira. En efecto, como hemos visto, la relación con la naturaleza por parte del fusilero Sul lo dotan de una identidad y un goce que subvierten la visión colonial de una naturaleza reducida a objeto de la explotación (Heffes 2014, 27) y la realzan como lugar de conocimiento.

Asimismo, el uso de la segunda persona del singular por parte del narrador omnisciente encaja en las estrategias de implicación “*aesthetics of engagement*” que Rothberg (2013, 41) señala en la identificación del sujeto implicado (2019, 1). En efecto,

la lectura de *El año del sol negro* implica a los lectores, tanto dentro como fuera de las fronteras colombianas, para que reflexionemos sobre nuestra propia relación con la naturaleza en el marco de un sistema que prioriza la productividad y la explotación de recursos naturales en detrimento de la vida. Asimismo, mediante este acto de memoria metonímica y multidireccional en que se deconstruye la línea divisoria entre amigos y enemigos, como he argumentado, la Guerra de los Mil Días ilumina el recuerdo de la reciente guerra en Colombia que todavía continúa presente pese a la firma del Acuerdo de paz entre las FARC y el gobierno 2016. Finalmente, *El año del sol negro* propone una narrativa que entiende la paz en equilibrio entre la naturaleza humana y la naturaleza no humana.

Obras citadas

- Arroyo, Ivonne. 2018. “Había un vacío de la épica en nuestra narrativa’: Daniel Ferreira”. *El Herald*, 23 de agosto. <https://www.elheraldo.co/cultura/habia-un-vacio-de-la-epica-en-nuestra-narrativa-daniel-ferreira-533571>.
- Bastidas Pérez, Rodrigo. 2019. “Voz y metonimia en la violencia colombiana”. *La palabra y el hombre* 47, 75-77.
- Benjamin, Walter. 1971. *Angelus Novus*. Barcelona: Edhasa.
- Bejarano, Alberto. 2019. “Reinvención de la Guerra de los Mil Días (1899-1902) en tres novelas colombianas”. *Anuari de Filologia. Literatures Contemporànies* 9, 29-39.
- Bermeo Gamboa, L. C. 2019. “Pentalogía infame de Colombia: la violencia contada cinco veces”. *El País Colombia*, 12 de mayo. <https://www.elpais.com.co/cultura/gaceta/pentalogia-infame-de-colombia-la-violencia-contada-cinco-veces.html>.
- Cajigas-Rotundo, Juan Camilo. 2007. “Anotaciones sobre la biocolonialidad del poder”. *Pensamiento jurídico* 18, 59-72.
- Cardona, Antonio Paz y Mongabay Latman. 2018. “Un millón de hogares campesinos en Colombia tienen menos tierra que una vaca”, *Semana Sostenible*, 25 de abril, sostenibilidad.semana.com/impacto/articulo/concentracion-de-la-tierra-en-colombia-el-1-por-ciento-de-las-fincas-mas-grandes-ocupan-el-81-por-ciento-de-la-tierra/40882.

- D'Argenio, Maria Chiara. 2018. "Decolonial Encounters in Ciro Guerra's *El abrazo de la serpiente*: Indigeneity, Coevalness and Intercultural dialogue." *Postcolonial Studies* 21, Issue 2, 131-153.
- De Leone, Lucía. 2016. "Imaginaciones rurales argentinas: el campo como zona de cruce en expresiones artísticas contemporáneas". *Cuadernos de literatura* 20, núm. 40, 181-203.
- DeLoughrey, Elizabeth M. 2019. *Allegories of the Anthropocene*. Durham, NC: Duke University Press.
- Dirección de Comunicación Organizacional UNAB. 2018. "Daniel Ferreira presentó en Ulibro su novela más reciente: *El año del sol negro*". *Vanguardia*, 29 de agosto. <https://www.vanguardia.com/marcas/universidad-autonoma-de-bucaramanga/daniel-ferreira-presento-en-ulibro-su-novela-mas-reciente-el-ano-del-sol-negro-BBv1443354>.
- Escobar, Arturo. 2011. "Ecología política de la globalidad y la diferencia". En *La naturaleza colonizada. Ecología política y minería en América Latina*, coordinado por Héctor Almionda, 61-92. Buenos Aires: CLACSO.
- Estrada Cano, William de Jesús. 2018. "Guerreros por la paz". En *Aula Taller. Aportes pedagógicos y políticos para la construcción de paz en La Plancha, Anorí*, editado por Arboleda Céspedes, 99-102. Medellín: Universidad de Antioquia.
- "ETCR Llano Grande (Dabeiba). Proyecto productivo en el predio Taparales". 2021. *YouTube*, subido por Catedra Kreanta, 15 de enero, [youtube.com/watch?app=desktop&v=RM9srzk_vPI](https://www.youtube.com/watch?app=desktop&v=RM9srzk_vPI).
- Ferreira, Daniel. 2018. *El año del sol negro*. Edición Kindle, Alfaguara.
- Funes, Patricia. 2014. *Historia mínima de las ideas políticas en América Latina*. México D. F.: El Colegio de México.
- Gardezabal Bravo, Carlos. 2019. "Violence, Slow and Explosive. Spectrality, Landscape and Trauma in Evelio Rosero's *Los ejércitos*". En *Ecofictions, Ecorealities, and Slow Violence in Latin America and the Latinx World*, editado por Ilka Kressner, Ana María Mutis y Elizabeth Pettinaroli, 162-179. London: Taylor & Francis.
- Grupo de Memoria Histórica. 2010. *Bojayá. La guerra sin límites*. Bogotá: Taurus.
- Heffes, Gisela. 2014. "Introducción. Para una ecocrítica latinoamericana: entre la postulación de un ecocentrismo crítico y la crítica a un antropocentrismo hegemónico". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 40, núm. 79, 11-34.

- Maldonado-Torres, Nelson. 2007. "Sobre la colonialidad del ser: contribuciones al desarrollo de un concepto". En *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*, editado por Santiago Castro-Gómez y Ramón Grosfoguel, 127-167. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Mertens, Mahlu y Stef Craps. 2018. "Contemporary Fiction vs. the Challenge of Imagining the Timescale of Climate Change." *Studies in the Novel* 50, núm. 1, 134-153.
- Nieto, Juliana G. 2018. "El año del sol negro, Museo Casa de la Memoria de Medellín", *YouTube*, subido por Revista Corónica, 16 de septiembre, [youtube.com/watch?v=_hHDKOOVDyM](https://www.youtube.com/watch?v=_hHDKOOVDyM).
- Nuzzo, Giulia. 2017. "'La Pentalogía (infame) de Colombia' de Daniel Ferreira: una aproximación a su obra". *Cultura latinoamericana. Revista de Estudios Interculturales* 25, núm. 1, 135-164.
- Quijano, Aníbal. 2000. *Cuestiones y horizontes: de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad / descolonialidad del poder*. Buenos Aires: CLACSO.
- Ríos, Jerónimo. 2017. "El Acuerdo de paz entre el Gobierno colombiano y las FARC: o cuando una paz imperfecta es mejor que una guerra perfecta". *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades* 19, núm. 38, 593-618.
- Roca-Servat, Denisse y Lidy Palacio Ocando. 2019, "'Sí a la vida, al agua y al territorio': Relaciones hidrosociales alternativas en Colombia". *European Review of Latin American and Caribbean Studies* 107, 117-138.
- Rojas-Robles, Rosario. 2018. "Ambiente y post-acuerdo en Colombia: la construcción de una paz integral y con la naturaleza no-humana". *Gestión y Ambiente* 21, núm. 2, 183-192.
- Rothberg, Michael. 2013. "Multidirectional Memory and the Implicated Subject. On Sebald and Kentrige." En *Performing Memory in Art and Popular Culture*, editado por Liedeke Plate y Anne Smelik, 39-58. New York: Routledge.
- _____. 2019. *The Implicated Subject. Beyond Victims and Perpetrators*. Stanford: Stanford University Press.
- Saldarriaga Gutiérrez, Sebastián. 2017. "Literatura, historia y antibelicismo en *Los derrotados*, de Pablo Montoya". *Mitologías hoy. Revista de pensamiento, crítica y estudios literarios latinoamericanos* 16, 287-296.
- _____. 2020. "Giro rural y memorias del conflicto armado en la novela colombiana del siglo XXI". *Catedral Tomada. Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 8, núm. 15, 35-61.

- Solórzano Castaño, José Nodier. 2021. “El año del sol negro”. *La crónica del Quindío*, 28 de septiembre, cronicadelquindio.com/opinion/Opini%C3%B3n/el-ao-del-sol-negro.
- Svampa, Maristella. 2018. “Imágenes del fin. Narrativas de la crisis socioecológica en el Antropoceno”. *Nueva Sociedad* 278, 151-164.
- Walsh, Catherine. 2005. “Interculturalidad, conocimientos y decolonialidad”. *Signo y pensamiento* 24, núm. 46, 39-50.